

PRECIOS
DE
LA SUSCRICION
UN PESO MENSUAL EN LA HABANA
Y 10 rs. fts.
EN EL INTERIOR
FRANCO DE PORTE.
Redaccion
CALLE DEL SOL N. 116,
A DONDE SE DIRIGIRAN
LAS COMUNICACIONES
Y RECLAMACIONES.



ESTE PERIODICO
SE PUBLICA
LOS DOMINGOS.
—
La Administracion
Está en la misma casa
DE LA
REDACCION.
—
EL NÚMERO SUELTO
Se vende á 3 rs. fts.

EL MORO MUZA.

Periódico satírico burlesco de Costumbres y Literatura,

DULCE COMO LOS DÁTILES, NUTRITIVO COMO EL ALCUZCUZ,

Y DIRIGIDO POR

JUAN M. VILLERGAS.

PROBLEMAS BIOGRÁFICOS.



amás el cálculo matemático se ha podido aplicar á la literatura con tanta oportunidad como en los tiempos que alcanzamos, y sirva esto de esplicacion al epígrafe del presente artículo.

El apreciable periódico literario que sirve de órgano al *Liceo de la Habana*, y que lleva el mismo nombre de este instituto había empezado á publicar, ó mas bien, á reproducir, porque ya se había publicado antes, una biografía de la ilustre poetisa señora Avellaneda, cuando hete aquí que dicha señora, no conociéndose tal vez en el bosquejo, ó no estando conforme con su reciente publicidad, hace saber á varios redactores de periódicos que la tal biografía se reimprime contra su voluntad y sin su autorizacion. Este, cuando menos, es un rasgo de modestia que hace honor á la señora Avellaneda, escritora de reconocido talento y á cuya merecida popularidad ha querido sin duda tributar un obsequio la redaccion del periódico citado.

Primer problema.—Si la respetable poetisa del Camagüey es bastante modesta para no querer llamar la pública atencion hácia su persona, ¿tendrian derecho los escritores sin talento ni reputacion literaria para ocupar al público un dia y otro dia con la narracion de sus antecedentes?

Este primer problema pertenece á la lógica y da un resultado negativo. Sin embargo, por ahí anda un D. Rafael Leopoldo de Palomino, entidad literaria que forma el limite de las cantidades que decrecen sin cesar; escritor á quien seguramente no se había oído nombrar nunca en la Habana cuando vino á escribir *Hamburgo sin Hy* que, á pesar de todo, se ha propuesto darnos á conocer hasta los mas ínfimos detalles de su vida, diciendo que dirigió la *Palma de Cádiz*, que publicó un periódico sin editor responsable (yo lo creo) y sin depósito (no tiene que jurarlo) y que ha merecido elogios de Flores Arenas, y que escribió la *Omunda* ¡Oh mundo, mundo! ¡Que ratos tan dulces y tan amargos nos proporcionas con los inexplicables contrastes que nos ofreces!

Pero la primera cuestion propuesta es demasiado sencilla y la resuelve cualquiera. Ejercitémonos en otras mas complicadas y allá va para ello el *segundo problema*: ¿Podría el *Liceo de la Habana* publicar la biografía de la señora Avellaneda sin el consentimiento de esta señora?

Resolucion.—Atendiendo á que en dicha

biografía no hay nada que pueda ofender á la persona interesada, y considerando al mismo tiempo que no se trata de dar á luz una obra inédita, sino de reproducir lo que ya se ha impreso y circulado sin oposicion legal, por cuya razon ha entrado en el dominio del público, la incógnita de un valor positivo y manifiesto que el *Liceo* podría bien hacer lo que ha hecho con la sola y muy sobran autorizacion de las leyes.

Podrá decirse que en tales casos contra el derecho legal hay un deber de respeto y galanteria; pero por lo mismo quiero analizar completamente la cuestion, y á fin de atenerme á las prescripciones del mas riguroso cálculo, propongo el siguiente:

Problema tercero.—¿Debería el *Liceo* haber publicado la biografía de la Sra. Avellaneda contra la voluntad espresa de dicha señora?

Por poco habituados que estemos á esta clase de operaciones, haremos la que acaba de presentarse con la mayor facilidad, sacando en limpio una *n* y una *ó*, que juntas quieren decir: *no*.

A estos problemas podría yo agregar otros para averiguar hasta que punto es ó no merecido el sofion que acaba de regalar al *Liceo de la Habana* la señora Avellaneda; pero no lo haré mientras carezca de los datos indispensables. Por ejemplo, necesitaría yo saber si la ilustre poetisa dirigió un atento recado á los redactores del *Liceo de*

la *Habana* manifestando el deseo de que no se continuase reproduciendo el artículo biográfico y si dichos señores se negaron á complacerla, en cuyo caso se explicaría de algun modo lo que acaba de suceder, ó si no ha precedido á la protesta el menor aviso amistoso; porque en este último caso las consecuencias que la opinion pública dedujese diferirían tanto como los resultados de tan encontradas proposiciones.

De todos modos, lo que hay de mas positivo hasta ahora es que lo sapientes biográficos de las personas de reconocido mérito no estan á la orden del día, ó que no les ha llegado su turno, ni les llegará en mucho tiempo á juzgar por la comezon de popularidad que ha entrado al resto de los mortales. A propósito de esto, tengo á la vista un bonito trabajo, suscrito por un señor D. Rafael A. Toymil y publicado en el Album de los Niños, que además de robustecer mi dictámen, podría dar lugar á muchos interesantes problemas. En el artículo á que me refiero se hace la biografía de un hombre que ha sido niño, y que no debe serlo ya segun se infiere de las fechas. Es una obra maestra para ejercitar á la juventud en la literatura cabalística, y tiene por objeto averiguar *quien era el niño*. Pero mas valdrá dar á conocer la obra de paso que la comentamos. Dice así:

"Estábamos en Diciembre de 1841. La escuela lancasteriana de Regla, dirigida por D. Juan Coca y Quintana, presentaba sus exámenes generales de fin de curso. Todas las clases iban sucesivamente apareciendo para ser á su turno examinadas. Llególe su vez á la clase segunda de Aritmética. Un niño de diez años....."

Ya pareció el niño, cuya biografía parece prometernos un segundo Napoleon. Veamos lo que hizo el niño, que luego trataremos de su nombre.

"Un niño de diez años, dice el autor, aparece al frente de un encerado, de orden de su profesor. Este dicta á su alumno el problema siguiente: "Se han comprado tantos quintales, tantas arrobas y tantas libras de azúcar á tanto la arroba, y se desea saber el costo total de dicha azúcar." El alumno de diez años no vacila, toma el blanco yeso, (1) traza unos números y con la rapidez de un relámpago resuelve su problema y marcha á sentarse en su puesto, en medio de las aprobaciones del presidente, del regocijo de su profesor y de la admiración del curso."

El asombro era muy natural, no por la resolución del problema, que por cierto era muy sencillo, sino por haberse hecho el cálculo trazando números con el blanco yeso. Si se hubiese hecho con yeso de otro color ó sin trazar números, nada de particular habria ofrecido el caso; pero sobre todo, lo que debió dejar estupefactos á los espectadores fué aquello de que el niño, tan pronto como resolvió el problema, se marchase á

sentarse en su puesto, porque resoluciones como esta son muy raras en la niñez. Prosigamos.

"Pero, ¡que casualidad! El padre del aventajado alumno, que pocos momentos antes se encontraba en el acto, ha tenido que ausentarse por motivos de su ministerio, y no ha podido participar del regocijo del profesor."

¿A esto lo llama casualidad el Sr. Toymil? Esto es una serie de casualidades en mi concepto. Primeramente, no hay nada mas casual que la ausencia de un padre cuando su hijo se está luciendo en los exámenes de la segunda clase de aritmética. En lugar segundo, es altamente fortuito que el padre se ausentara *por motivos de su ministerio* y no por motivos de algun ministerio extraño, y últimamente, diganme ustedes si puede darse una mayor contingencia que la de volver el padre tan luego como el niño habia terminado la operacion, segun se colige del párrafo siguiente:

"No obstante, aparece en la sala pocos momentos despues, y el profesor entonces se acerca á la mesa para solicitar del presidente la gracia de que el alumno espresado comparezca ante la pizarra á resolver un segundo problema, porque su padre se encuentra ahora presente, y no quiere privarle de la dulce satisfaccion de que contemple los progresos de su hijo. El presidente otorga la gracia, y al alumno le dicta este segundo problema, diferente, no obstante, del primero: "se han comprado tantos quintales, tantas arrobas y tantas libras de azúcar, cuyo importe total ha sido tanto, y se desea saber cuanto costó cada quintal, cada arroba y cada libra de azúcar." El alumno, verdadero diablillo de diez años, resuelve este segundo problema con tanta facilidad como el primero, y es nuevamente aplaudido, y su profesor se inunda de regocijo."

Es preciso confesar, en efecto, que el niño prometia mas de lo que piensa el Sr. Toymil, no por resolver una operacion de números denominados que, aunque inversa de la anterior, presentaba la misma facilidad para quien ya sabe la teoría de los enteros y de los quebrados, cosas que pueden dominarse á los diez años sin ser diablillo, sino por haberlo hecho en presencia de su padre, porque nada nos infunde mas desaliento en la niñez que el lucir nuestras habilidades delante de nuestros parientes. Además, debia haberse cortado el niño al tener que resolver un problema propuesto por el presidente y no por el profesor, segun se infiere de estas palabras textuales: "El presidente otorga la gracia, y al alumno le dicta este segundo problema, diferente, no obstante, del primero." Dígolo, porque si realmente fué el presidente quien propuso el problema y no el profesor, no sé como bastaron las reglas de la aritmética para resolverlo, aunque juraría que el señor Toymil, por mas que diga otra cosa, quiso decir que el problema fué propuesto por el profesor, con el previo permiso del presidente. Solo hay una cosa que no acabo de comprender en este caso sin ejemplo, y es

que para probar segunda vez el talento del niño se la propusiera en la repeticion un problema distinto del primero. Esto no debió satisfacer mucho á la concurrencia, porque el verdadero modo de calcular hasta donde frisaba la capacidad del niño hubiera estado en hacerle resolver dos veces de seguida el mismo problema. Sin embargo, la prueba fué satisfactoria, y por ella imaginó á todos mis lectores tan interesados como yo en averiguar quien sería el niño. Veamos lo que sobre el particular nos cuenta su imparcial biógrafo el Sr. Toymil:

"Un año despues, el mismo niño, de once años ya....."

¡Hola! he aquí un precioso antecedente para nuestro cálculo. Ya sabemos que un año despues de los diez, tenia once años el niño. ¿No les parece á ustedes que con esto podiamos buscar al individuo de que se trata, sin acabar de leer su biografía? En hallando un sugeto que tuviese diez años en 1841 y once un año despues, ya podemos decir: "Este es el niño que resolvía problemas trazando números con yeso blanco." Vamos adelante.

"Un año despues, el mismo niño, de once años ya, aparece resolviendo todos los problemas de la aritmética elemental hasta las aligaciones. El mismo señor que presidió los anteriores exámenes, preside los actuales, y al adjudicar por sus propias manos el primer premio de aritmética al ya mencionado alumno, le dice estas lisonjeras palabras: "Tengo por segunda vez el gusto de ofrecer á V. el primer premio."

La sorpresa del señor presidente se comprende bien al ver á un niño tan aprovechado que al año de saber las operaciones de los números complejos, resolvía otros problemas de aritmética elemental. A este paso, en poco mas de diez años hubiera llegado á multiplicar un polinomio por un monomio. Vamos andando.

"En efecto: el mismo señor habia adjudicado en los pasados exámenes al propio niño el primer premio de geografía, que aun conserva como un precioso recuerdo." —"Tres meses despues, aquel niño ingresaba como interno en el Real Colegio Seminario de San Carlos." —"Once años mas tarde, celebraba su primera misa en el Santuario de Regla, su querido pueblo natal, en presencia de su padre y de su profesor, que decia lleno de inefable satisfaccion: "Yo he sido quien ha puesto la piedra fundamental en ese edificio." —"Un año despues, se sentaba á regentar una cátedra de Filosofía en el mismo Seminario, como sucesor del P. Ruiz, sucesor de D. José de la Luz, sucesor de D. José Antonio Saco, sucesor de Varela."

¿No dije yo que el niño sería un genio sobrenatural? Así debe comprenderlo tambien el Sr. Toymil, y por eso al dar cuenta de los profesores á quienes sucedió el niño, parece haber ido parodiando la genealogía del Redentor del mundo segun san Mateo. Pero, por muchas esperanzas que hiciera concebir el niño cuando estudiaba la aritmética, nunca creí que llegase á figurar al nivel de

(1) Esto del blanco yeso se dice para distinguirlo del negro que suelen usar los albañiles en sus mezclas.

los mas ilustres talentos de la isla de Cuba, tales como Ruiz, Luz, Saco y Varela; por consiguiente, si antes tenia curiosidad, ahora estoy ardiendo en deseos de saber quien era el niño. Tal es mi impaciencia, que doy un salto en el artículo biográfico para llegar cuanto antes á esta sucinta explicacion:

"Pues bien, amiguitos míos:

"El presidente era el Excmo. Sr. D. Salvador Samá.

"El profesor, D. José Alonso y Delgado.

"Y el niño, ya vosotros lo habeis adivinado."

Ahora bien, amados lectores del *Moro Muza*, ¿quieren ustedes apostar á que, despues de todo, nos quedamos sin saber quien era el niño? Lo digo porque yo no lo adivino, pues no hago mas que conjeturarlo. Se me figura que debe ser el mismo biógrafo; pero hasta la presente no estoy seguro de ello, cual lo estaria si en lugar de plantear el problema como lo ha hecho el Sr. Toymil lo hubiese presentado en estos términos:

"Se sabe que en 1841, un niño de diez años resolvía problemas de números complejos delante del presidente de los exámenes y del profesor del Colegio donde el suceso tuvo lugar. Sábese tambien que despues de resolver el primer problema el niño se marchó á sentarse en su asiento, y finalmente, se sabe que el citado presidente era el Excmo. Sr. D. Salvador Samá y el profesor D. José Alonso Delgado. Partiendo de estos datos, se pregunta: ¿como se llamaria el niño?

Planteadas la cuestion de este modo, no habria dificultades en averiguar con matemática precision que el niño era el mismo señor Toymil. Del propio modo hubieran podido despejarse las otras incógnitas, diciendo:

"Supóngase que un niño tuviese once años al siguiente de haber cumplido los diez, y que llegase á ser en la cátedra de Filosofía del Seminario, sucesor del Padre Ruiz, sucesor de D. José de la Luz, sucesor de D. José Antonio Saco, sucesor de Varela. Téngase presente que el tal niño se llamaba Rafael A. Toymil, y sin mas que lo dicho se pretende averiguar ¿quienes serian el Presidente que le dió el primer premio y el profesor que le enseñó la aritmética?

Estoy seguro de que habiendose propuesto en esta forma el problema, todo el mundo hubiera dicho desde luego: "Eso es claro; el Presidente seria el Excmo. Sr. D. Salvador Samá y el Profesor D. José Alonso Delgado." Pero, por si aun nos quedase alguna duda con respecto á lo principal del asunto, cual era llegar á conocer el nombre del niño, debe disiparse completamente á la vista de este ultimo párrafo del artículo firmado por el señor Toymil:

"Y este episodio, atravesando los mares (1) llegue á manos del que fué mi maestro, y

(1) Déjase entender que el autor se refiere al tránsito de la bahía. Con razon dió el *Moro Muza* una carta fechada en Guanabacoa como correspondencia de Ultramar.

le haga sentir en su corazon bondadoso aquella inefable emocion que experimentó en los exámenes de Diciembre del 41!"

Las señas son mortales: la fecha de los exámenes y el pronombre personal *mi*, estan diciendo claramente que el niño cuyo nombre tanto nos interesaba es el mismo que algunos años despues habia de hacer con asombrosa imparcialidad su propia biografía; de manera que con este solo ejemplo se prueba la conveniencia de aplicar las matemáticas al sistema de biografías que está hoy en boga, pues aun sin apelar á la teoria general de ecuaciones, hemos averiguado el nombre del niño. Véase ahora con que razon puse yo á este artículo un epígrafe que habrá parecido injustificable á primera vista; pero que sin embargo, puede que haga fortuna segun se van poniendo las cosas y los hombres.

EL MORO MUZA.

MEMORIAS DE UNA VIUDA.

(Continuacion)

IV.

MI SEGUNDO MARIDO.

Si Ramon, prosiguió la buena de doña Dorotea hubiese adolecido de ese vicio, una y mil veces me hubiera yo muerto de angustia y de pesar; pero á Dios gracias en esa parte no me asiste motivo alguno para quejarme; á bien que yo no le he perdido jamas ni pié ni pisada. Solo una vez recuerdo, al principio de nuestro matrimonio, le ví conversando con una mulatica *chaneletuda* que le decia la muy perra riendo y poniendo un hocico de molleja de guanajo: "es V. muy gracioso niño D. Ramoncito." Cojer un palo de escoba, desfilárselo en las espaldas de aquella mulata satona, con acompañamiento de un cúmulo no flojo de improperios, todo fué uno. Ya podrás imaginarte como trataria á su vez al niño Ramoncito, como que arrepentido se me hincó de rodillas, por mas señas, que cogiéndome de refilon un juanete, me hizo chillar como una rata cogida en una trampa de hierro. Desde entonces, hijita mia, ha sido Ramon un modelo de la mas rara fidelidad, por cuya razon he dado á luz una caterva de hijos á cual mas rollizos y robustos, tanto que no pocas personas los llaman "los galleguitos;" ¡cosas del vulgo!

—Ah! amiga mia, exclamé, si Pablito me fuera fiel, seria yo tan feliz!

—Lo creo, vida mia, lo creo; pero nada hay aun perdido. Oye y luego harás lo que mejor te plazca. Aparenta hácia Pablito indiferencia; distráete, recorre las tiendas, dedícate á la lectura de novelas, concurre á todas las diversiones, á todas las reuniones, y como quien no quiere la cosa, finge, vida mia, finge que algunos de los tertulianos ha llamado tu atencion, y mientras revolotea tu voluble esposo de flor en flor, sustenta con aquel individuo una conversacion pue-

ril, insustancial, á *sotto voce*; en una palabra, fuerza es herir á Pablito por los mismos filos: haz una refinada coqueta, sin excluir, por de contado, todas las muecas, morisquetas, caidas al parecer casuales, del pañuelo ó del abanico y demas tretas del arte. Si tu esposo te quiere, por mas hombre de mundo que sea, no le han de saber á maza-pan tu coloquio y ademanes, y si te pidiese explicaciones le dirás así... pon tu lindo rostro como el mio... pónlo; mi alma... es por tu bien.....

—Jesus! doña Dorotea... ¿Quién tuviera tan buen humor como V.? Vamos... así...

—Es el caso, hija, que así estás mas linda... pon así las cejas... muerde los labios, mira de lado... así mismito y le dices al tnanuelo: "señor mio, yo no hago mas que imitar lo que veo que V. hace; como no soy tonta de la cabeza procuro imitar bien y hacer honor á tan buen maestro." Es mas que probable que se ponga en candelas; te tratará de infiel, de inconstante, de coqueta... te echarás á reir entonces á careajadas... Pablito se irritará mas y mas... nuevas risotadas... y despues que el muy pillo haya agotado el vocabulario de los denuestos, le dejas rabiando de celos y tú, hija, vés bonita y pacíficamente á tu cuarto donde, por via de pasatiempo, te entretendrás en tararear la siguiente cancion que es muy del caso:

Mi marido quiere solo
gozar de su libertad...

Remedio santo: media hora despues le tienes á tus plantas pidiéndote humildemente perdon; te haces de rogar y sigues cantando; él insiste, suplica y.... entonces medio tarareando y medio hablando, siempre indiferente le darás á entender que segun él obrase así obrarás tú, para no hacer un papel harto desairado y ridículo en la sociedad. Pablito te jura enmendarse y.... hacen ustedes las paces segun costumbre, y ya tienes, linda mia, curado á ese nuevo don Juan Tenorio. A los hombres es preciso entenderlos y tratarlos hasta con tranca en ristre. Habia de habérselas conmigo el tal Pablito: en tres dias le ponía yo como un perrito faldero que me habia de seguir á todas partes. Sigue mis consejos, hija, y ya me lo agradecerás.

—Mi difunto tambien, exclamó suspirando doña Quiteria, era *muela* y se me aumenta el histérico cada vez que me acuerdo que bajo la capa de primas y cuñadas me encajó en casa... en mi propia casa, como se dice, en la morada sacrosanta conyugal, á todas sus queridas y el caso es que vivíamos todas como en gallinero y mi señor marido hecho un gallo, un padre maestro... ¡Jesus! Así murió, no entre gallinas, sino entre un cúmulo de huevos frescos... ¡Dios le haya perdonado! Voy con licencia de V. niña y la compañía á beber un poco de agua con toronjil.....

—No le creas nada, repuso doña Dorotea, así que salió de la sala doña Quiteria, no le creas nada: esa mujer es una guayabera de alta escuela. Ella, ella era una de las llamadas primas ó cuñadas y fué la que

mas contribuyó á matar á pesares á la esposa lejítima de don Anacleto Duran de quien se dice falsamente consorte. Asi le luce el pelo: pobre como un raton de iglesia, tiene dos hijos ya zagaletones, que cuando no están presos los andan buscando para que no les dé el sol. Allá un medio hermano suyo, medio sastre, le pasa alguna cosita, pero que no le alcanza para la bucólica; así es, hija, que me tiene azorada. Ay! que mujer tan pedigüeña y guagüera!

—Pues, amiga mia, dije á doña Dorotea, me retiro..... ya es hora de comer y no quiero que Pablito.....

—Vida mia, no te convidó á comer, porque tengo alquilada mi cocinera buena: me he quedado con la mala, aquella que te presté..... Adios, corazon, adios. Ya sabes, sigue el plan que te he indicado: á la zorra candilazo.

Volvi á mi casa donde encontré á Pablito recostado en uno de los sofás de la sala, con un libro en la mano.

—Conchita mia, me dijo, enséñame los primores que has comprado; veamos, que quiero alhagarte el oido encomiando tu gusto exquisito en la eleccion de los objetos que sirven para realzar tus divinas gracias.

Quedéme contemplando largo rato á Pablito, y luego, ocupando un puesto á su lado le dije, entrelazando mis suavísimos dedos en su hermosa cabellera: dime, amor mio, dime que tú no amas sino á tu Conchita, dime, júrame que tu no anhelas otro amor. Si supieras..... no debiera decirlo, y no te lo digo, no.....

—Habla, alma mia. ¿Qué tienes?

—Pues bien, si, tengo celos... y tú no sabes, tú no conoces esa pasion que penetra en lo mas recóndito del alma y la roe, y la atormenta desapiadada hasta darle horrible muerte. ¿Deseas mi muerte...?

—¡Santos cielos! ¿Qué estás diciendo? Estás loca, niña mia?

—Oh! no, no estoy loca: eres bueno, generoso, amable, pero ¿qué quieres? no puedo remediarlo, no me gusta el modo con que miras á las mugeres... ah! soy muy desgraciada.

—Pero, niña.....

—Nada me digas, que yo sé muy bien que un hombre casado no debe cerrar los ojos delante de las mugeres, pero tambien sé que debe mirarlas con respeto, con decoro y no como V. lo hace, caballero; así es que la mayor parte de esas mujeres comprenden perfectamente en las miradas de V. las intenciones impuras que le animan, y esto á la verdad es para mí... la muerte.

—Válgame el cielo! repuso Pablito riendo á carcajadas, voy Conchita mia, tan solo por darte gusto á usar espejuelos verdes ó azules ó negros, del color que mas te agrade, á fin de que no me vean mis ojos las mujeres. Haré mas: dejaré de ser elegante, me cortaré el pelo, el bigote, la perra..... y si lo exiges no saldré de casa.....

—No exijo tanto, pero oye: para mí los demas hombres me parecen mugeres y yo quisiera que tú miraras á las demas mugeres como si fuesen hombres. ¿Es acaso te-

merario ó imprudente ó... imposible mi deseo? Dí, Pablito mio.

—Al contrario, pichona mia; y puedes vivir persuadida de que de hoy mas haré un estudio especial en no causarte el mas leve motivo para que abrigues celos.

Despues de comer, recibimos la visita de mi excelente padre á quien obsequiamos á porfia mi esposo y yo. Pablito se empeñó en que su suegro fuese con nosotros al teatro y por mas que se escusaba mi papá pretextando su acostumbrada partida de tresillo, no pudo menos de acceder á las repetidas instancias de mi marido que quedó en pasar el correspondiente aviso á D. Anselmo y D. Claudio. Ponian en escena aquella noche una ópera nueva y el teatro estaba en extremo concurrido. Mi papá, Pablito y yo ocupamos nuestro palco. Yo estrené un precioso vestido color de lila con vuelos de riquísimo enlage, obra primorosísima de la hábil y acreditada modista Sra. Angustias de Flores. Un lindo tocado adornaba mi cabellera de azabache y un valioso y exquisito aderezo de brillantes, regalo de boda que me diera mi esposo, contribuian en gran manera á realzar mi natural belleza. Por dó quiera á mi entrada en el peristilo del vasto coliseo, oia yo á mil y mil apuestos caballeros formados en hilera prodigarme las mas lisonjeras alabanzas. Yo miraba ufana á Pablito: el tunante me decia: celebro tu triunfo, harto merecidos son esos elogios, estás encantadora, estás matona.

Ocupaba el palco contiguo al nuestro un caballero de la misma edad de mi papá, con tres señoritas, de las cuales la mayor era muy linda. Pablito que conocia aquella familia, se apresuró á saludar cortesmente á las tres jóvenes y á estrechar la mano del anciano, á quien llevó á nuestro palco para presentarle á su esposa y á su suegro. D. Venancio, este era el nombre del gefe de aquella familia, habia hecho un decente caudal en la *trata*, en la cual tan solo expuso un pico que le sobró sin saber cómo, decia él, despues de tres quiebras que, segun la opinion de algunos tontos de la cabeza, le habian dejado pidiendo una limosna. El día menos pensado le vieron rodar carruaje y sustentar no poco lujo en su casa y se creyó generalmente que el bueno de D. Venancio se habia sacado la lotería. Su hija mayor era viuda de un corredor asaz trapalón, que habiendo vendido y cobrado á dos diferentes casas de comercio la zafra de un hacendado, tuvo por conveniente el ir á mudar de aires á los Estados-Unidos, donde dilapidado todo el fruto de su rapiña, se entregó á los mas crapulosos vicios, muriendo miserablemente en un hospital de Nueva-York. Las otras dos niñas, ya casadas, poseian esa clase de belleza que llaman "del diablo," esto es la lozanía de los juveniles años. Mercedes, la mayor de todas, era el verdadero tipo criollo: ojos negros y expresivos, talle esbelto, cutis trigueño rosado, manos y piés enanos. Su fisonomía á primera vista, revelaba frialdad é indiferencia, pero cuando se animaba por cualquiera pasion, entonces todas las facciones se

agolpaban de consuno para dar á aquel bellísimo rostro una espresion indefinible. Sentada detrás de sus hermanas, no aparentaba hacer ostentacion de su rica esmerada *toilette*, ni atender placentera al espejáculo. En el momento de la presentacion, le tendi la mano que apenas tocó ella con la suya, asomándose en sus lábios una sonrisa irónica y desdeñosa.

Confieso que cuando la ví, temblé, é involuntariamente estreché en mi mano la de Pablito, arrojando sobre éste una de esas miradas que no es dado á la pluma mas elocuente describir. Mi corazon, cuya nobleza jamás se desmintió, me decia que aquella muger era mi mayor enemiga. Ah! bien pronto lo conocí, por desgracia mia. Mercedes, que quedaba frente á mí, se enidaba tan poco de las melodías de Verdi como mi voluble esposo; mantenia con éste, ambos con el falaz anteojo, una comunicacion harto espresiva y que no eran bastantes á interrumpir mis continuas y terribles miradas. Mi padre observó mi desasosiego y so pretexto de reconocer á un amigo suyo en las lunetas se inclinó hácia á mí, diciéndome al oido: ten prudencia, hija mia, hazlo por mí.

Ocurrióseme poner en planta el sistema que me indicara doña Dorotea y al efecto dirijia mi trémulo é incierto anteojo hácia un mismo punto de las lunetas, pero ¡ay! este manejo mio no sirvió mas que para alentar á mi odiosa rival y á mi voluble esposo. En un momento en que Mercedes me creyó mas entretenida, señaló con su mano á Pablito un objeto que llevaba en la punta del pañuelo. Si maestra en fingir era Mercedes, no me superaba á mí en ese arte por cierto, y así aguardé resignada que concluyese la funcion y aun facilité yo misma que en la confusion de personas que abandonaban sus palcos, entregase mi rival la esquila á Pablito, coronando mi disimulo con un saludo en apariencia muy cariñoso á aquella muger y á sus hermanas, al despedirme de ellas.

Acompañamos en nuestro carruaje á mi papá á su morada y regresamos mi esposo y yo á la nuestra. Mi buen padre al despedirse de mí me encargó de nuevo la mayor prudencia. Noté en Pablito una alegría inusitada cuya causa harto conocia yo. Despues de una ligera cena, ocupamos el lecho nupcial, donde á la verdad no acierto á comprender cómo mi esposo no echó de ver la indiferencia con que yo correspondia á sus locas caricias. En breve un apacible sueño se apoderó de Pablito: yo velaba, velaba silenciosa mientras mi corazon ardia borrascoso en implacables celos. Levantéme y al pasar por delante de un espejo que reflejaba la oscilante y amarillenta luz de la lamparita colocada en un ángulo del aposento, miréme en el oscuro cristal y figuréme yo misma un lúgubre fantasma, con mis blancos vestidos y suelta la frondosa cabellera. Tuve miedo... pero avancé hasta llegar á tocar con mis trémulas manos la deseada esquila que, aun cerrada, estaba en una de las faltriqueras del *frac* de Pablito.

Ah! aquí está, dije con mal reprimido júbilo, aquí está! No pude contener mi curiosidad. Hé aquí el contenido de la esquila.—“Pablito mío, te equivocas si crees que me ha agroviado tu matrimonio; hijo, tú no sirves para marido, porque eres muy inconstante. Te quiero lo mismo que antes. En cuanto á la cita ¿que voy á hacer sino complacerte, puesto que ya el mal no tiene remedio? ¿Qué tal es tu pobre muger? Esta noche la veré. Adios, Lindoro: tu Mercedes.”

No bien concluí de leer la funesta esquila, la estrujé en mi convulsiva mano. La sangre se agolpaba toda á mi volcánica cabeza; serenéme, empero, poco á poco, teniendo la mirada siniestra fija en el suelo. Si al menos hubiera yo podido llorar... en vano... mis ojos estaban secos: el corazón era el que vertía llanto. Oculté el billete en un lugar secreto de mi tocador, y exhausta, pálida y trémula logré arrastrándome alcanzar el lecho nupcial poniéndome al lado del perjuro esposo que tan alevemente me engañara.

(Se continuará.)

ZULEMA.

TERAPEUTICA.

El otro día me ocupé de una dolencia incurable llamada *tontería de la cabeza*, y ahora voy á tratar de la *bilis*, aunque digan que no es esto lo prometido en el prospecto de este periódico; porque no puede impedir el *Moro Muza* que el estado sanitario intelectual vaya empeorando por momentos, y que lo que debería ser un curso de literatura se convierta por fin de fiesta en curso de clínica. Y, á la verdad, no sé que cosa es peor, si la *bilis* ó la *tontería de la cabeza*. Creo que las dos son peores, como decía *Figaro el de marras*. No está demas, entre paréntesis, hacer esta distinción, porque hay en el día otro *Figaro* que escribe, y que no pecará de modesto cuando ha tomado el mismo pseudónimo con que firmó sus célebres artículos de costumbres el inmortal Mariano José de Larra; si bien es cierto que de seguro no se cambiaría por Larra el que hoy adopta su pseudónimo. Por fortuna, no creo yo que haya quien confunda los artículos del nuevo *Figaro* con los del antiguo; pero, por si acaso, será conveniente hacer la indicada distinción entre *Figaro el malo* y *Figaro el bueno*, á fin de que cuando hablemos de los artículos de *Figaro*, se entienda desde luego si nos referimos á *Figaro el bueno* ó á *Figaro el malo*.

Volviendo á la cuestión, estoy por decir que la *bilis* es peor que la *tontería de la cabeza*, porque el que tiene dentro del cuerpo aquel humor funesto y se vé contrariado en sus ambiciones, se irrita el infeliz, se sulfura, se pone frenético, hecho un energúmeno, y no hay nada que inspire mas compasión que un hombre acalorado en semejantes circunstancias. Pero si la *bilis* es perjudicial á los hombres, cuando en vez de pelear serenamente con la fortuna, luchan como furiosos con su propia impotencia, lo es mucho mas parálisis que se meten á escritores festivos, los cuales necesitan *sal* y no *bilis*; porque si se parecen á *Figaro el malo*, en vez de ser graciosos son desgraciados, ó en otros términos, en lugar de ser *saludos* segun

se entiende esta voz en la Península, vienen á serlo en la acepción que se da en este país á la misma palabra. Me acuerdo, á propósito de esto, de la primera vez que jugué al billar en la Habana. Estaba tan poco afortunado que cuando tomaba un pasa-bola, doblete ó recodo, venia un inesperado retruque á quitarme el golpe. En una ocasión, sobre todo, había tomado tan bien un recodo del fraile sobre el mingo, que lo menos llevaba trazas de derribar cuatro palos, cuando el pícaro retruque fué á quitármelos, dejando mi bola vendida. Las billas y pérdidas se me azaraban todas, con las consecuencias que pueden ustedes imaginar, y de las muchas veces que tuve que tirar por tabla, cuando no hacia un conejo mas grande que una liebre, me metía por los palos en seco. Pero no era esto lo que mas me incomodaba, sino que el *cóime*, que por cierto aparentaba interesarse en mi favor, tomaba un cierto aire de candor sentimental, diciéndome cada vez que me ocurría uno de los citados percances: “¿Ay señor! ¿que *salado* está V.!” Acabóse por fin la partida y mi contrario me dijo lo mismo, añadiendo que, por haber estado tan *salado*, me correspondía el honor de tener un rató de plática con el *cóime*, y en efecto, se verificó la conferencia con la circunspección acostumbrada en tales ocasiones. Pues señor, queriendo tomar mi *revancha*, me diriji á otra mesa donde estaban jugando treinta y una. Pedí bola mas de veinte veces, y aunque yo jugaba regularmente, todos los demas eran tan chiriperos que ni una sola treinta y una pude llevarme. Cuando me *atizaban*, ya se sabía que habían de pasarme, y cuando yo *atizaba* á los otros, de seguro les hacia el golpe que necesitaban para llevarse el *mómio*. Solo una vez alimenté la esperanza de ganar, pues el que me precedía me dejó las bolas como cuentan que se las ponian á Fernando 7.º; pero por querer picar la bola demasiado baja para no correrme, pegué una *pifia* de padre y muy señor mío que lo echó todo á perder, y con este motivo hubo perfecta conformidad entre todos los que jugaban para declarar que aquel día estaba yo estremadamente *salado*. Ahora bien, consideren ustedes el efecto que me haria hoy esta palabra, si me la aplicasen con relacion á mis escritos, como me la aplicarían indudablemente si yo perteneciese al número de los escritores *biliosos*. Y he aquí como para acabar el cuento del billar he venido á hacer carambola con *Figaro el malo*.

Pero nada de eso. Yo no he sido nunca nada, y lo confieso, por no parecerme á los que han sido infinitamente menos que yo y dicen que han hecho gran papel antes de venir á aquí á escribir *Hamburgo* sin *H*. No conozco la *bilis*, y así, en lugar de encolerizarme cuando me atacan, tengo la ventaja de reirme de los que me combaten, sobre todo, si veo que estos pertenecen como *Figaro el malo* al gremio de los *biliosos*. A no ser así, ¿cómo habia yo de sufrir con paciencia los tajos del mas *salado* de los escritores que hay en el mundo?

El mozo es de empuje, y ya he dicho que en el hecho de llamarse *Figaro* no peca de modesto. Se ha propuesto *afeitarme*, y se saldrá con ella; si bien creo que en esto me hace un singular favor, y si algo siento yo, hablando con formalidad, es no ser albeitar, para corresponder de algun modo á los favores que ahora recibo. Pero dejando esto aparte, digo que el mozo es gnapo y él mismo lo reconoce cuando asegura que ahora no debo andarme en chiquitas, pues he venido á dar con la horma de mi

zapato. ¡Cáscaras! Empiezo á sospechar que mi contrincante vale mas de lo que él piensa; pero, no, ¡imposible! Si así fuera, no habria oro en el mundo con que pagarle. De todos modos, algo vale, con tal que se le quite lo que le sobra, y se le dé lo que le falta; es decir, con tal que se le quite una buena dosis de *bilis* y el doble de ridícula presunción, al mismo tiempo que se le compense de la pérdida que por esto sufra, dándole una buena ración de sentido comun.

Figúrense ustedes si el mozo será terrible, cuando hasta pone en duda mi hombría de bien, precisamente por haber yo asistido á un juicio verbal en calidad de hombre bueno. ¿Pues quien es capaz de hacer otro tanto y de desconocer que de puro bueno me caigo á pedazos, como suele decirse? No negaré que poco de extravagante algunas veces, pero señor, no quita el tener un hombre rarezas para ser bueno, y yo creo serlo á carta cabal, sobre todo cuando me pongo en parangon con *Figaro el malo*. Ciertamente es que este señor tiene ínfulas, pero tampoco tiene otra cosa, y por eso dijo bien el que dijo:

A fuerza de varapalo
Muchos quisieran hacer
Modesto á *Figaro el malo*;
Mas como no puede ser,
Yo digo, cuando le incitan
A que baje la cerviz:
“Si las ínfulas le quitan,
¿Qué queda de este infeliz?”

Pero ya que yo dé indulto á *Figaro el malo*, que no me niegue él á mí la cualidad de bueno, al menos mientras yo no incurra en faltas como las siguientes:

1.º Dice *Figaro el malo* que no me ha querido pagar los artículos á dos onzas. Esta es cuestión de regateo; quiere decir que me los pagaría á onza y media ó á una onza, lo cual siempre es diferente de lo que me sucede á mí con D. Rafael Palomino, que aunque me diera dinero encima de sus artículos, no se los insertaría sin aquellas correcciones que les hacia el amigo Hiraldez. Pero no; *Figaro el malo* sabe bien que no hubo ni aun *regateo*, porque yo no he pensado hacer mucho tiempo en vender artículos, ni en escribir en periódicos ajenos, y que todo esto no pasa de una *salada* invención del escritor *salado* que solo sabe esgrimir el arma del ridículo contra su propia persona. Por lo demas, viene mal todo lo que dice de mí, despues de haberme adulado públicamente, anunciando mi llegada de Méjico con trompetas y clarines y diciendo que estaba dispuesto á entregarme la *batuta*. Los escritores deben tener el cuidado de no contradecirse; pero *Figaro el malo* no lo conoce ó no lo puede remediar, porque la contradicción es el escollo en que primero se estrellan los escritores *biliosos*.

2.º Prometió *Figaro el malo* delante del Excmo. Sr. marques de Aguas Claras y de otras personas respetables, suprimir mi nombre de su periódico actual: despues de prometerlo no lo ha cumplido, y yo nada quiero añadir, porque el hecho dice de sobra el valor que los hombres deben dar á las palabras de *Figaro el malo*.

3.º Convino el mismo *Figaro el malo* en dar al círculo de Tiradores la satisfacción que este pedia por ciertas palabras del género agreste que vieron la luz en la Charanga, y en el mismo número en que se inserta el acta del juicio que contiene la correspondiente satisfacción con la consabida fórmula de que “el ánimo del

articulista no fué ofender, ni aludir," etc. etc., se dice con una impavidez que merecía por premio la cruz de Puerta-Cerrada, que la prueba de que el articulista no ofendió al Círculo de Tiradores está en el imparcial fallo de un tribunal *que absolvió á la Charanga de la demanda entablada por algunos señores del Círculo. Tampoco digo nada, porque el tribunal invocado en apoyo de la mentira, se basta y se sobra para ajustar las cuentas á los que no le tratan con el debido respeto.*

Quede, pues, sentado que el *Moro Muza* es incapaz de decir una cosa por otra como *Figaro el malo*, y que por consiguiente, tiene el primer requisito indispensable para servir de hombre bueno. Pero, ya se vé; dirá su contrincante á esto que el *Moro* es envidioso, y hasta cierto punto tendrá razón, porque ¿quién será el que no envidie las simpatías que va conquistando en el público habanero *Figaro el malo*? Hablando formalmente, algo hay en ese mocito cuando se ha hecho tan popular, y cuando al nombrarle todas las personas de todas las edades, clases y sexos, alojan sin pensarlo esta exclamación de noble filantropía: ¡Pobre hombre! Algunos por singularizarse, dicen: ¡Pobre diablo! pero estos son los mas.

Y si alguna otra prueba se quiere de mi bondad característica, daré aquí, sin pedírmela nadie, una satisfacción á *Figaro el malo*. Dice este *salado* escritor, que se daban á cada suscriptor de la Charanga diez números de los 27,000 que entran en la cántara de la Real Lotería, para aquello de las rifas y sus consonantes, y yo, prescindiendo de lo indignos que me parecen esos medios para sostener una publicación literaria, me felicito del resultado, pues demuestra que cuando esto sucedía, contaba la Charanga cuando menos con 2,700 suscriptores. Dígolo, porque si hubiese habido menos de los 2,700, dándose solo diez números á cada suscriptor, habría en el negocio lo que llaman *intrínquilis*, y como no puedo creer á *Figaro el malo* capaz de dar gato por liebre insisto en felicitarle de que la Charanga, por mas que bajo el punto de vista literario hubiese decaído mucho, contase todavía 2,700 suscriptores cuando explotaba el aliciente de las rifas y sus consonantes.

Llevo mas adelante mi abnegación. Supone *Figaro el malo* que me ha saucido un tajo en cada mejilla, y no me doy por ofendido. Había en mi tierra un jaqueton, del cual decía un sastre muy ocurrente, que aquel hombre tenía una singular afición á buscar todas las bofetadas que se perdían. ¡Es cosa particular! exclamaba el sastre muy asombrado; en sabiendo ese jaqueton que se ha perdido en toda la provincia una bofetada, sale de casa despepitado y no deja de correr hasta que la encuentra. ¿Puedo yo hacer mas que imitar el ejemplo evangélico del jaqueton de mi país?

Pero no me conformo con eso de que el crítico "llámase Gracian ó Quevedo, Ochoa ó Villergas, no es mas que un crítico y no puede pasar por obrero de la inteligencia. No lo digo por la parte que me toca, y antes me doy por ofendido al verme citado entre tan superiores talentos; pero decir que el gran Quevedo no ha sido poeta, no puedo pasarlo, y mucho menos que se ponga en las nubes á D. Rafael Palomino en un artículo en que se deprime á Quevedo. Esto ya es insoportable y prueba evidentemente que *Figaro el malo* está en visperas de pasar de la cátedra del periodismo á una sala de clínica.

Tampoco me conformo con que los epigramas no son obras literarias, por mas que lo diga *Figaro el malo*; y no lo hago por defender los míos, sino por honor al género. ¿Con que los epigramas no son obras literarias? ¿Pues que son? ¡Ah! ya caigo; en esto querrá *Figaro el malo* dar á entender que no son obras importantes para la humanidad ni de interés para la patria, como aquellas á que él se ha consagrado desde que fué hombre y escritor según él dice, aunque debería solo decir: "desde que fui hombre," porque escritor no ha llegado á serlo ni llegará. Pero señor, si Marcial, Quevedo, Barbadillo, Iglesias y otros varios que han cultivado el género epigramático no se dedicaron á escribir obras importantes para la humanidad y de interés para la patria, no habrá sido porque no valiesen mas que *Figaro el malo*, sino porque no tenían como este la presunción de creerse cada cual con bastante mérito para dar *engrandecimiento á una nación y esplendor á un monarca*. Por lo demás, ¿ya quisiera el destructor de Quevedo saber como se hace un epigrama! Lo malo es que esto hay pocos que lo hagan y nadie que lo enseñe; de modo que *Figaro el malo*, no pudiendo aprenderlo, tendrá que resignarse á escribir obras importantes para la humanidad y de interés para la patria.

Menos puedo tolerar aun, que al hablar yo de la *falange macedónica*, como se nombraba á ciertos cuerpos de tropa organizados de un modo especial por los griegos y que tan célebres se hicieron en tiempo de Alejandro, se asuste *Figaro el malo* creyendo que provoco un cisma religioso, por pensar que aludo al heresiarca Macedonio, de quien probablemente no había él oído hablar hasta que, chocándole un nombre tan revesado, fué á buscarlo en el Diccionario de Domínguez y encontró lo siguiente: «Macedonio.—sect. rel. Nombre dado á unos sectarios que negaban que el Espíritu Santo procediese del Hijo, el cual tomaron del heresiarca Macedonio.» Ponga *Figaro el malo* la mano en su corazón y diga si no le adivino yo hasta las fuentes donde va á beber la pobre erudición que quiere ostentar. Bien sabe que le conozco mejor que él conoce el manejo del Diccionario, pues de otro modo, ya que por ignorar lo que era *falange macedónica*, cosa increíble, tuvo que apelar al Diccionario, debió buscar la palabra *falange* y no el adjetivo *macedónica* que le condujo á la mas estúpida conclusión de que haga memoria el mismo *Figaro el malo*, y eso que por una ley de compensación suelen hacer mucha memoria los que no pueden hacer ningún entendimiento.

Repruebo igualmente como contrario á la templanza que aconseja la buena educación, aquello de que las leyes no castigan los artículos infernales y que si así fuera, no habría presidios ni galeras suficientes á contener á los reos. Cuando yo veo estas cosas en letras de molde digo para mí sayo: ¿Será verdad que estoy en la Habana? Pero no, lo que yo debería decir es que ya no hay remedio para el enfermo y que decididamente lo que principió en la redacción de un periódico acabará en una sala de clínica.

En fin, protesto de todas veras contra la especie de que los escritores *Cañete* y *Flores Arenas* sean un solo individuo como lo supone R. P. ó sea *Figaro el malo*, cuando al hacer un elogio imparcial de Rafael Palomino dice: "y la comedia *Flor del Desierto*, tan aplaudida en los teatros de la península como bien juzgada por la buena crítica del Sr. Flores Arenas y Cañete-

te. ¿No es esto evidentemente falso para los que saben que *Cañete* y *Flores Arenas* son dos Sres. distintos? Lo mismo viene á ser esto que suponer que me publico yo en vez de decir que se publica un periódico. ¡Pobre *Figaro el malo*! Las simpatías que se va conquistando le trastornan. Ya no sabe mas que historia y geografía. Eso sí, en estas materias se luce como nadie. Con respecto á la historia, baste decir que no había oído hablar de la *falange macedónica*, y en punto á geografía véase la explicación del mapa de Marruecos que nos dió el otro día en el Eco del Comercio el Sr. Palomino, que es el mismo R. P. ó si se quiere *Figaro el malo*." Además, decía, están bien determinadas topográficamente las plazas de Ceuta y Melilla y las islas del Congreso, de Isabel II, del Rey y las Chafarinas. Esto ya pertenece al género de aquel sinsonte que viajaba por la Europa, la España y el Piamonte; porque ha de saber *Figaro el malo* que las islas del Congreso, de Isabel Segunda y del Rey, son todas Chafarinas, ó lo que es lo mismo, las islas Chafarinas son las llamadas, una del Congreso, otra de Isabel II y otra del Rey; de manera que decir: "las islas del Congreso, de Isabel II, del Rey y las Chafarinas," es lo mismo que decir: "Mallorca, Menorca, Ibiza y las Baleares," "Cuba, Puerto-Rico, etc. y las Antillas." ¡Ah, pobre *Figaro el malo*! ¿Que falta te está haciendo Hiraldez para que te haga las correcciones, sin las cuales sueltas en cada línea un gazapo! Pero, ¿para qué? Lo mejor es que te conozcas; que dejes de hacer obras importantes para la humanidad y de interés para la patria; que no te juzgues superior á Gracian ni á Quevedo, como lo has dado á entender, firmando modestamente con tus propias iniciales; que no te creas capaz de dar tú solo *engrandecimiento á la nación y esplendor á la Reina*; que no te pongas mas en evidencia; que no escribas sin saber historia, ni geografía, ni gramática; que por ser *salado* al uso de Andalucía, no lo seas tal como se entiende en Cuba; que te humanices; que tengas compasión de tí mismo, y en fin, que á fuerza de buscar por el camino del escándalo las satisfacciones de la violenta pasión que te ciega, no vayas á ser un desesperado caso de la terapéutica, después de haber hecho reír á todas aquellas gentes á quienes pensabas encantar con esos arranques biliosos que tomas por agudezas. *Laus Deo.*

EL MORO MUZA.



EN LOS FELICES NATALES

DE

LAS MARIAS DE LA O.

SONETO ECONOMICO.

Pues anhelo á las bellas complacer,
A las Oes quisiera celebrar,

Sin palabras inútiles gastar,
Lo que es harto difícil, á mi ver.

Como no tengo tiempo que perder,
Aun en compendio temo divagar;
Mas ellas dicen que hoy debo de cantar,
Y si ellas me lo mandan, ¿que he de hacer?

Negarme á obedecerlas no está en mí,
Pues, aunque el mismo Apolo imponga el *nó*,
Mi amor al laconismo dicta el *si*.

Dejadme, así, que sóbrio cante *yó*
A las que hermosas son cual ninfas..... y
Que se nombran no mas con una *O*.

UN SINSONTE.

CRÓNICA.

Confidencia.—El hombre peludo.—Teatro de Villanueva.
—Linda de Chamounix.—Traviata.—Chiariini.—Bailes.
Doña Desideria y sus compañeros. mártires.

Esperándole estabámos, dijo el *Moro Muza* á Don Juan; parece que al buen Zaragate le hubo de decir dias pasados la vecina de aquí en frente, que los hombres de hoy en dia están desmoralizados; que en su tiempo se celebraban mas matrimonios; que los jóvenes se hacen de penceas para entrar por el florido aro de Himeneo; que los pocos individuos que dan por el timon, esto es, que consienten en dejarse uncir el consabido suave yugo, lo verifican por interese y conveniencia, y por último que por estas fundadas é inconcusas razones, cada dia va creciendo como la espuma el respetable gremio de las *traviatas*, con notable júbilo de los hijos de Galeno, si bien contra lo que Dios manda. ¿No te habló así la buena vecina, Ibrahim?

—Ni mas ni menos, Sr. de Muza, contestó Zaragate; y yo, á la verdad, no supe qué responder, porque eso va en gustos. Muchísimos hombres hay que aborrecen el matrimonio, y en cambio otros muchos le tienen decidida afición. Yo por ejemplo, si pudiese, me casaría de buena gana con la sobrinita de la mencionada vecina; pero ¿que quiere V.? No sé quien diablos le ha dicho á la vieja, quiero decir á la tia, que yo soy sectario del pícaro Macedonio, y héteme aquí, que me quedo sin aquel precioso pimpollo, y cuenta, Sr. D. Juan, que la niña no es tan escrupulosa como su señora tia. Ayer nada menos, cuando me acerqué á la ventana, en vez de contemplar á Chona, que así se llama, me dí en los hocicos con la condenada vieja que con una voz ronca y asmática me tarareó lo siguiente: eres moro, no te creo, sé cristiano y ya hablaremos. Dijo y cerró el postigo de la ventana. ¿Habrás visto chasco semejante?

—Este buen Ibrahim, dijo el Moro Muza, se figura estar todavía allá en nuestra tierra. Y ¡como se flecha y se echa á nado el picaron! já, já, já!

—Ay! amigo Zaragate, exclamó D. Juan, por estos cristianos barrios se hila mas delgado, y prescindiendo de la diferencia de religión, si V. supiera lo que cuesta aquí el casarse, los pasos que es fuerza dar, las diligencias que hay que hacer, los gastos, las

ceremonias de estilo, el padrino, la madrina, el banquete, los guagüeros, &c. tiempo tendria V. de sobra para arrepentirse. Refiriéndome, empero, á las reflexiones de la referida vecina, tia de la sobrina á quien V. ama, no deja la buena señora, que vieja es para dejar de saber mas que el mismo Satanás, no deja, repito, de tener razon. Con efecto, valor y grande se requiere para contraer matrimonio en los tiempos que atravesamos, á no poseer los novios una renta algo mas que decente. No hay la menor duda de que la carestia del alquiler de las casas y de los criados y de los artículos de primera necesidad ha influido notablemente en la disminucion de los innumerables mártires; y aunque rece muy claro la estadística, manifestando el número harto escaso por mas señas de matrimonios en tal ó cual mes, puede calcularse que las dos terceras partes de aquellos han sido hijos legítimos del *coburguismo*, que es un sistema en extremo socorrido para ponerse cualquier pelagatos en la gracia de Dios. Queda, pues, una tercera parte de incautos que creen que con el amor á secas se alimentan los matrimonios pobres; pero pronto se convence de que mas nutritivos son el plátano y el tasajo, y gracias que tengan con que costear estos dos prosáicos manjares. Por lo que á mi hace, me place la vida conyugal, pero entiéndase que es cuando uno posee comodidades y suficientes *monises* para hacer frente al fabuloso precio de los renglones de preciso consumo. Con respecto á las pobres *Traviata*, repito que no seria del todo inconveniente é inmoral el que las mandáran á otra parte con la música: hay ciertos espectáculos que desdican de una ciudad culta cuando se exhiben en los parajes mas céntricos y habitados. *Non erat hic locus*.

—Digame V., amigo D. Juan, preguntó Zaragate, qué ha oído V. decir acerca del *hombre peludo* que dicen anda como los gatos por los tejados de todas las casas de la Habana y cuando puede colarse en alguna de éstas exclama:

Yo soy el hombre peludo;
Si no lo quieren creer,
Yo soy el que ando penando
Por una ingrata muger.

—Dado caso que exista ese hombre, que para mí esa es una patraña ridícula, parto monstruoso de la imaginacion novelera que en todas partes abunda; espantajo estravagante tan solo propio para servir de *coco* á los niños llorones y mal criados, dado caso que exista, repito, me alegraría muy mucho que se me presentase para curarle radicalmente de sus dolencias con una pequeña dosis de bálsamo *tranquilis*. Ese, en mi concepto, debe de ser algun pillastron que anda eludiendo la vigilancia de algun honrado padre de familia y, por si pega, la echa de *duende* ó *alma en pena*.

—Y ¿creen los cristianos en esas apariciones? repuso Zaragate.

Y ¿V. no cree, en el alcorán? preguntó D. Juan con viveza.

Vamos, señores, exclamó el Moro Muza; mudemos de conversacion y si os parece, ya

que estais empeñados en que os dé un ligero juicio crítico de las diversiones públicas, trataré de la Compañía dramática que ocupa el teatro de Villanueva. Muy dignos de encomio se están haciendo los señores Viñolas y Creci por los constantes esfuerzos que manifiestan en favor del teatro nacional, luchando contra la Compañía lírica que además de ocupar un local mas adecuado y en mejor sitio, atrae una gran mayoría del público. El drama nuevo "El cura de la aldea" que puso la referida compañía española el domingo último, logró buen éxito y una concurrencia mas que regular, que premió los buenos deseos de los actores. Lástima es que no esté completa dicha compañía. El Sr. Maretzek no sale de su repertorio: *toujours la même chose pour changer*, como diria un *zuavo*, nos dió "Linda di Chamounix" (*La Gracia de Dios*) el sábado próximo pasado, por via de merengue, para luego hacernos la boca agua con "Marta" nada nueva en esta filarmónica capital, pues ya lo oimos en la temporada pasada. Ahora bien: ¿ha gustado la "Linda?" ¿Sí ó no?

—A mi me agradó mucho, exclamó Zaragate.

—Ya no te hago caso, Ibrahim, contestó el *Moro Muza*; para tí todo es bueno. Pues, señores, la bella ópera de Donizzetti no ha logrado gustar al público, á escepcion de alguna que otra escena de efecto dramático y alguna pieza desempeñada por la Sra. Gassier. Los demas cantantes fracasaron y mucho me duele el tener que decirlo, pero yo no sé adular ni me placen los ambages. El domingo, como funcion extraordinaria, se volvió á poner en escena la "Traviata" y por añadidura el rondó final de la "Sonámbula": *Toujours la même chose pour changer*. El bueno de Max se rie de esto allá para su capote, exclamando: *en avant!* Los dilettanti piden á gritos alguna ópera nueva, una siquiera, pero Max hace como que no oye nada. Et buen Max me recuerda á una muger que queria pasar por blanca, pero que pretendia un imposible, porque la pobre *pasaba* ya de la cuenta. Pleiteando estaba, y su defensor con arreglo á las instrucciones por ella dadas, encabezaba todos sus escritos así: "Da. Liboria, en los autos etc." La parte contraria protestó contra el "doña"—El defensor se lo hizo presente á doña Liboria.—"Nada, nada exclamó ésta, siga V. poniendo el "doña"; esa es una majaderia de la parte adversa, siga V. aunque le llamen judío. Vayan enhoramala!" El Sr. Maretzek dice al público: oh! no sabia yo que querias novedades, benévolo pagano; pues allá van para tus delicias: *Norma, Poliuto, Lucrecia, Rigoletto, Safo, Sonámbula* y *Traviata*.

—Sr. de Muza, dijo D. Juan, supongo que concurrirá V. á las funciones de Chiariini en su hermosa y amplia tienda situada cerca de la Puerta de Tierra. El nuevo local es muy á propósito para esta clase de espectáculos y su situacion es inmejorable. La funcion que en la Plaza dió la célebre *troupe* ecuestre á beneficio de la guerra contra

Marruecos fué muy concurrida, honrándola con su presencia el Excmo. Sr. Capitan general.

—Espero, amigo D. Juanito, dijo Ismael, que V. nos acompañará al gran baile que se dará el domingo 18 en los salones de la antigua Sociedad filarmónica de *Santa Cecilia*; de allí para variar y ver nuevas caritas monas y alegres iremos á *Escauriza* donde hay gran embullo, para gozar de los dulces placeres de la danza cubana. La estación convida al baile, á cenar y á..... descansar luego, en brazos de Morfeo, de las fatigas que brinda la pícara Terpsicore.

—Sr. de Muza, dijo Ismael, cuéntele V. á D. Juanito la gran novedad de la semana.

—No caigo, hijo, no recuerdo.....

—Vamos, señor, repuso Zaragate, ¿á qué viene tanto misterio, como si la cosa valiera la pena? Yo lo diré: sepa V., amigo don Juanito, que Da. Desideria, mi tocaya, ha dejado de ser Desideria, ó lo que es lo mismo ha dejado de ser mi tocaya, ó yo he dejado de.....

—Calla, Ibrahim, exclamó el Moro Muza; no te alegres tanto, chino, que si sigues tan *guason*, tan *pesado*, vas á ser tocayo de la *Nigua*.

—Y los compañeros de infortunio de doña Desideria, preguntó Ismael, ¿qué se han hecho entonces?

—Oh! contestó con suma gravedad el Moro Muza, esos desventurados siguen gimiendo y llorando, y estrechamente unidos en *club* con la *Nigua*, que ya la pobre no puede ni con su alma.

—Pues, ¿á buena parte han ido los infelices á buscar abrigo, dijo riéndose el pica-ron de Ismael!

MUSTAFÁ.

MODAS.

—Está de moda entre los latinos la impasibilidad de los sajones. Antiguamente usaba cada cual el traje proporcionado á cada estación. Ahora no es así. Los unos sacan sus trapos á relucir lo mismo en el invierno que en el verano, y los otros, sin duda para que no se les enfríe la sangre, andan abrigaditos todo el año, como si fueran diciendo: «ande yo caliente y riase la gente.»



—Moda es también y muy recomendable la de concurrir al Liceo diariamente á ver y comprar magníficos cuadros al óleo, espuestos en los salones interiores de dicho instituto con el espresado objeto. Entre dichos cuadros hay dos del célebre Esquivel, que no sabe el Moro Muza como no han sido arrebatados ya por los apreciadores del mérito en los bellas artes.

—También están de moda los conciertos. Pocos días ha estuvo brillantísimo el del apreciable artista Sr. Góngora, y ahora se anuncia otro del Sr. Gotschalk que no le irá en zaga. El Moro Muza, que estima en mucho el mérito universalmente reconocido del Sr. Gotschalk, celebra infinito que este eminente pianista se haya restablecido, y le desea una nueva confirmación de las simpatías que goza en esta culta capital.

—Otra moda llama en el día la atención y es la de felicitar al periódico *La Prensa* por haber vuelto á ser propiedad del Sr. Dávila. Ya era tiempo de que abandonase *La Prensa* el mal camino que la hizo infortunada; y la limpia, según se dice, ha sido tan completa, que han salido de su vecindad hasta los apóstoles del infortunio. El Moro Muza lo celebra, y si, como es natural, emprende dicho periódico un camino diametralmente opuesto al que le granjeó tan numerosas antipatías, le augura un halagüeño porvenir.

—Pero la mas dominante de las modas es el refinado *narcisismo*, y digo *refinado*, porque Narciso no hizo mas que enamorarse de su figura, mientras que sus modernos satélites lo dicen además de hacerlo. Lo que se observa, sin embargo, es que falta un poco de magestad en la forma en que cada Narciso de los del día canta sus triunfos. Abusan todos ellos de las seguidillas, ó por mejor decir, de la seguidilla, porque no acertando á producir nada nuevo, repiten con increíble perseverancia la siguiente, que de puro vieja puede pasar por anciana:

Estamos en un tiempo
Tan miserable,
Que si uno no se alaba
No hay quien le alabe.

—No deja de ser curiosa la moda en que han dado los periodistas impopulares de rebelarse contra el gusto público, demostrando que si sus mercancías literarias no tienen aceptación no es por falta de mérito. Ahí está, si nó, la *Charanga* esforzándose en probar que ahora vale mas que en sus primeros tiempos, porque regala la *Moda de Cádiz*. Pero ¿qué probaría esto, suponiendo fuese verdad? Nada mas sino que la *Charanga* estaría de moda por la *Moda*, y no por la *Charanga*; de modo que si, como se asegura, será verdaderamente última la última moda que regale la *Charanga*; no sé que será de la *Charanga* cuando no tenga ninguna moda quedar después de la última Moda. Sin embargo, con Moda ó sin ella creo yo que la *Charanga* dejará pronto de tocar, porque el público, que es el único juez en cuestiones de gusto, ha tomado la Moda de no estimar tanto la *Charanga* que regala modas y billetes de la lotería, como aquella otra que estuvo tan de moda en todos los círculos sociales cuando solo se recomendaba por sus propias virtudes y no por el auxilio de las rifas y de las Modas. Y á todo esto no hay mas que tener paciencia y barajar, porque si es tan difícil corregir á un hombre cuando dá en una mono-manía ¿quien será el que pueda convencer á un público de que se ha equivocado, máxime cuando es sabido que el público es el juez menos espuesto á equivocarse?

Desde que el Moro Muza trató de formar una *falanje macedónica*, no contra la *Charanga*, que esta pobre *nigua* está bastante combatida por su propia estenuación, sino contra los *tontos de la cabeza*, que aunque impotentes, son muy numerosos, parece que se ha formado contra

el tal Moro una que podría llamarse *liga de resentimientos estériles*, ó *coaliciones de vanidades lastimadas*. Los apóstoles del infortunio, que con su apoyo habían puesto á la *Prensa* casi al borde de la tumba se han apresurado á entregarse á la *Charanga* en alma y cuerpo, como dignísimos compañeros de desgracias. Algun otro periodiquin, no menos desdichado, ha ido también á engrosar la *liga* que con tal motivo está hecha un verdadero valle de lágrimas, y no puede dudarse que los coaligados harán buenas migas, porque nada une tanto á los mortales como sus comunes desventuras. Ya no falta mas sino que se agreguen á estos infelices, el Sr. Hernandez Perdomo, comentarista de Espronceda y el *Centinela Cubano*, apologistas del Rey Herodes, para convertir la lucha de los gladiadores periodistas en función de Raveles.

—Como se supone que la moda de la espresada coalición caerá en ridículo, se cree que desaparezcan todos esos periodiquines que por todas las imprentas por donde pasan dejan marcada la huella de la desolación. Es posible que al fin todos esos papelititos vengán á fundirse para formar uno solo, que á su vez, seguirá fundiéndose hasta evaporarse. Lo que deberían hacer todos los que forman la liga de los resentimientos estériles, sería dar una publicación de esta especie:



y entonces si que alcanzarían la envidiable popularidad, á que inútilmente han aspirado con los desesperados esfuerzos de la comazon literata.

REVISTA DE SABIOS.

“La experiencia es un maestro que hace pagar caras sus lecciones; pero su escuela es la única donde pueden aprender los insensatos.”—*Franklin*.

“Según sean los insensatos; porque los hay que cuanto mas hojean el libro de la experiencia saben menos.”—*El Moro Muza*.

“Cuatro palabras, y por cierto muy cortas, son la causa de todas las querellas que ocurren en el mundo: *yó, tú, mí y tuyo*.”—*Mabire*.

“Eso era antes. En el día las cuatro palabras que ocasionaban tantos desórdenes se han reducido dos: *yó y mí*.”—*El Moro Muza*.

“El orgullo es la hidropesía moral de las cabezas humanas.”—*Casti*.

“Lo que participo á quien corresponda para su satisfacción y gobierno.”—*El Moro Muza*.

“El temerario cambia de nombre cuando sale bien de sus empresas: entonces se le llama *héroe*.”—*Mabire*.

“Esta proposición puede invertirse diciendo; el *héroe* cambia de nombre cuando sale de sus empresas mal: entonces se le llama *temerario*.”—*El Moro Muza*.

HABANA.

Librería é Imprenta EL IRIS, de Majín Pujolá y C.
CALLE DEL OBISPO N. 121.